

# **Las aventuras de Pedro y Chana El medallón perdido**

Carolina Maldonado Leyes

loqueleg



*A mis tres pequeñines,  
Santiago, Thais y Adam.*



# **El viaje de Pedro**

**Primera Parte**



Pedro mira a través de la ventana de su habitación: el cielo ha amanecido cubierto de nubes negras. Las personas salen apresuradas de sus casas: los papás al trabajo, los niños a la escuela.

11

Es casi hora de salir, sin embargo, Pedro no irá a clases hoy: está resfriado. Decepcionado, el niño apoya la cabeza sobre el borde de la ventana. Desde allí escucha a su papá encender el motor del auto y, al rato, lo ve salir del garaje. Su padre se detiene, baja el vidrio de la ventanilla y se despide.

—Adiós, coronel —susurra el niño.

—¡Que te mejores, mi copiloto! —grita su padre al partir.

Desde el primer día de clases, ir a la escuela se había convertido en la experiencia más esperada y fantástica para Pedro. A veces, el auto se transformaba en barco; otras, en avión; y una vez, hasta en un gigantesco elefante.

Pedro había navegado incontables mares y caudalosos ríos; había surcado los cielos más azules y sobrevolado las montañas más altas; había recorrido desiertos, selvas y parajes sumamente asombrosos. En fin, había vivido tantas aventuras, “¡tantas...!” , piensa, y todo gracias a su papá, o como él lo llama con cariño: “Mi coronel”.

Este día, no obstante, y por primera vez, ve partir a su papá solo. ¿Qué aventura se perderá? ¿Qué lugares dejará de conocer?

La puerta de su cuarto se abre: es su mamá que le trae el desayuno.

—¿Cómo te sientes, amor? —pregunta.

—Mejor, gracias —responde el niño.

Su mamá lleva la bandeja hasta el escritorio y deja allí un par de tostadas con mantequilla y



un gran vaso de jugo de naranja con miel.

—Tómalo todo, te hará bien —le aconseja—. Y luego, aprovecha de hacer la tarea de Lenguaje que no alcanzaste a terminar ayer.

—Sí mamá —responde, mientras toma el vaso.

—¡Pero, ojo Pedro, con buena letra! —le aclara su mamá al salir de la habitación.

Pedro toma el jugo, pero deja las tostadas para después. Se sienta frente al escritorio, levanta su mochila y saca el cuaderno. “Con buena letra”, repite burlonamente; y es que, la maestra Fernández le había dicho más de mil veces que debía mejorar su caligrafía.

—Pedro, tus trabajos son muy buenos, pero no puedo descifrar tu letra, ¡no entiendo nada!

—Entonces —se pregunta Pedro— ¿cómo puede decir que son buenos si no entiendo nada?

Una vez acabada la tarea, guarda el cuaderno y saca de su mochila la brújula que su abuelo le había regalado hace dos años y que siempre lleva consigo.

—¡Qué aburrido que estoy! —protesta el niño.

Imagina lo que estarán haciendo sus compañeros: “Seguro jugarán un partido en el recreo”, piensa. A él le encanta el fútbol, es el arquero de su equipo y, de hecho, es muy bueno.

14 De pronto, unos gritos que provienen de afuera lo ponen en alerta. Guarda instintivamente la brújula en el bolsillo del pijama y se asoma nuevamente a la ventana: es la vecina, doña Natalia, que corretea otra vez a su perro.

El cuadro es muy chistoso: Aníbal, así se llama la babeante mascota, como muchas otras tantas veces, tiene en la boca un zapato nuevo para destrozar. Su dueña corre detrás de él formando círculos en el jardín. Justo en el momento en el que lo alcanza, y cuando está a punto de retar al pobre animal, la asusta un trueno. Agarra a Aníbal por el collar y ambos se meten rápidamente a casa, está a punto de llover.

Pequeñas, pero persistentes gotas, empiezan a caer. Las personas que están en la calle

desaparecen como por arte de magia. En un instante, el vecindario ha quedado vacío.

Pedro observa caer el agua como tratando de ver dónde empieza la lluvia. De pronto, algo en el cielo roba su atención. Un objeto rojo es sacudido por el viento e impulsado por la lluvia de un lado a otro. Poco a poco se va acercando hacia su ventana. Ya logra distinguirlo: es un enorme globo que viene volando desde quién sabe dónde.

El globo es muy lindo; en el nudo lleva atado un largo y grueso cordel dorado. Pedro abre la ventana y extiende los brazos con la ilusión de que el viento traiga esa hermosa esfera hasta sus manos. Se inclina un poco más, no importa que se esté mojando; pero, cuando ya está casi en su poder, el cordel del globo se enreda en la rama del árbol cercana a su ventana.

Pedro está resuelto a atraparlo, así que se eleva sobre la punta de los pies y estira el cuerpo lo más que puede. No se da cuenta del peligro que corre, en cualquier momento podría caer.

El viento empieza a soplar con más fuerza y la lluvia ha empeorado. Pedro tiene empapado el cuerpo de la cintura para arriba. Pero, para cuando sus dedos ya rozan aquella superficie roja y resbalosa, el cordel logra zafarse y el globo es arrebatado por el viento.

—¡Te tengo! —grita Pedro y salta a través de la ventana con los brazos bien extendidos y los ojos bien cerrados.

Cuando el niño los abre, ¡vaya sorpresa!, está volando por los aires. Ha logrado atrapar el extremo del cordel y, al darse cuenta de lo alto que está, se aferra a este con todas sus fuerzas. Poco a poco, las casas, los autos y los árboles se hacen más pequeños. El viento va alejando a Pedro de su vecindario, de su ciudad. Se aleja... se aleja...

El paisaje va cambiando: los altos edificios y los grandes comerciales grises, se han convertido en enormes ciudades de verdes árboles. En vez de avenidas, hay ríos. En vez de plazas, lagunas. Todo le parece maravilloso a Pedro que,